

# Querido Diario:

Marcela Guijosa

**E**ste es el quinto intento de hacer un *querido diario* para diciembre. Algo me está pasando: no puedo escribir. Bueno, sí escribo, pero me quedan puros textos horribles. Y eso que me estoy tomando el ácido glutámico - con vitaminas B- y la lecitina de soya, que me dijeron que eran buenísimas para la memoria y que mejoraban las conexiones entre las neuronas.

Pero mi cerebro no quiere mejorar. Será el tema; decidí escribir sobre la Navidad. Pero a estas alturas ya me estoy cuestionando si habrá sido un gran error.

Yo quiero recuperar algo de la verdadera Navidad. Pero todo lo que he escrito me sale absolutamente cursi, trillado, puros lugares comunes. Luego, platicando con mi primer marido, surgió la idea de una pastorela. Y yo me dije: ¡Eso es! Voy a escribir algo como si yo fuera una pastorcita tratando de llegar al portal de Belén. Voy a jugar con los diablos y las tentaciones. Voy a hacer un auto sacramental moderno.

Y vieras qué cosa tan solemne y aburrida me salió. Entonces, no sé qué hacer.

¿Será que ya no hay nada que decir sobre la Navidad? ¿Será que ya todo se ha dicho? Es más, ¿le importará a alguien?

Creo que a mí sí. Pero además, no puedo soportar el fracaso de mis cuatro textos anteriores. Y me doy cuenta que me repito muchísimo: siempre estoy escribiendo cosas tipo autos sacramentales. Me encanta la eterna lucha entre lo bueno y lo malo. Tengo una mente antigua, maniquea y medieval; qué le voy a hacer. Y ya por pura necesidad, por

sacarme la espina, insisto.

Porque me encantan los símbolos de la Navidad. Fíjate: es padrísimo el tema de los pastores tratando de llegar a Belén. Significado del portal de Belén: un niño recién nacido. Un milagro. La salvación que llega. La celebración de un cambio sustancial en la historia. La super estrella que brilla como triunfo de los buenos. El coro de ángeles que canta "paz en la tierra". La multitud de pastores -pobres, humildes- reunidos, compartiendo su buena voluntad: luz,



Rotmi Enciso



alegría, música, comida. Y los diablos, haciendo corajes porque han sido vencidos.

Por más que uno no sea creyente, el símbolo es maravilloso. Y es fuertísimo. La paradoja es que sigue siendo fuertísimo en una sociedad cada vez más atea.

O, para la mayoría de la gente, ¿la época navideña significará sólo vacaciones? Claro que también está el Año Nuevo, que viene a apuntalar la celebración de la Navidad. No sólo nace el Niño, sino que a los pocos días empieza un tiempo nuevo, diferente. Y toda nuestra parte mágico-religiosa, toda esa sed que tenemos de rituales, encuentra en esta ocasión una excelente oportunidad. Y sólo por el cambio de número del año, nosotros, tan ateos y tan científicos, jugamos a que todo va a cambiar. Sentimos que algo se acaba y que algo comienza. Cómo no hacer propósitos. Cómo no iniciar en el corazón cosas nuevas. Cómo no reunirse con los demás para brindar por puros buenos deseos. Que haya salud, abundancia, felicidad.

Y cómo no sentir las ganas de dar y recibir regalos, de derrochar un poco, de comer cosas mejores que la comida cotidiana, de abrazar mucho a la gente, de no trabajar, de emborracharnos, de ir de casa en casa y de fiesta en fiesta.

Pero entonces aparecen los malditos diablos. No nos dejan lograr reunirnos. Nos impiden la celebración. Nos arrebatan la fiesta.

Y el horror es que a veces no llegamos a Belén.

Nos vencen por cansancio. Nos embotellamos a todas horas y en todos lados. Nos enfermamos y nos sentimos débiles y fatigados por la contaminación. No nos dan ganas de salir de nuestras casas.

Nos torturan los diablos del consumismo, hermanos de los del neoliberalismo, de una

manera sádica, horrible. Y las carencias económicas de casi todo mundo. No hay dinero que alcance. Tratamos de cerrar los ojos cuando recordamos que hay, además, millones de personas que son mucho más pobres que nosotros.

Y aquí nos aplastan los demonios del miedo, de la desesperanza o del desánimo. O de plano, el de la indiferencia.

Llegan además los siete pecados capitales, también llamados mortales, y el diablo se mete en nuestras casas y empiezan las broncas familiares. Discusiones y malentendidos desde en dónde la vamos a pasar hasta la hueva de ver a ciertos parientes que no tenemos ganas de ver. Sabemos cómo ha sido en navidades anteriores. Surge la tentación de mejor irse a una playa. Muchos se van (a gastarse bastante dinero y a sufrir otro tipo de aglomeraciones).

Y ahí andamos todos los pobres pastores medio perdidos, en medio de tanto diablo suelto. ¿Y San Miguel Arcángel? ¿Dónde estará?

Porque angelitos chicos sí he visto. Esos se me aparecen algunos días. Llegan y me devuelven la esperanza. Me sostienen, me apachan, me platican, me oyen. Y nos carcajamos y nos tomamos unos tequilas y cantamos y bailamos.

Y la estrella vuelve a resplandecer. Recupero el rumbo y el paso. Me armo de paciencia, me pongo a trabajar y a escribir y hago mi quehacer y me abro y me levanto. Y me siento fuerte y valiente, y les doy en su madre a los demonios, aunque sea por un rato.

En fin. Me sigo sintiendo peregrina y trato de seguir caminando. Este texto no es que tú digas lo mejor que he escrito en mi vida, pero salió. A ver si para el año que entra encuentro un nuevo estilo de escritura, más creativo, más moderno. Ya me hice el propósito.

Por ahora, querido diario, queridas personas humanas, angélicas y divinas, femeninas y masculinas: ¡Feliz Navidad! Nos vemos en el portal de Belén. *Rotmi*

